

El frente del este
León Trotsky
6 de abril de 1919

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 311-329; también para las notas. Discurso en la sesión conjunta del Comité Ejecutivo del Sóviet, del comité del partido y de los representantes de los sindicatos de la provincia de Samara, el 6 de abril de 1919.)

Camaradas, nuestra situación internacional e interior se encuentra de nuevo en un momento crítico. Ciertamente es que los momentos críticos, las dificultades, los peligros y las sorpresas no han faltado en el curso de nuestra revolución, el cual no sigue una línea recta ascendente, ni tampoco una curva regular, sino va en zigzag, según una línea quebrada pero ascendente. Por lo demás, sólo así puede desarrollarse una revolución puesto que es el choque de fuerzas enemigas y en la lucha entre fuerzas enemigas, si éstas son poderosas, inevitablemente hay fluctuaciones de uno u otro lado, altas y bajas, ofensivas y retiradas. Pero sólo una de dichas fuerzas es progresiva, sólo una es capaz de hacer progresar a la humanidad: la fuerza de la clase obrera. A través de esos ataques y retiradas, éxitos y avances, esa fuerza se manifestará de manera cada vez más evidente. Lo estamos viendo en el desarrollo de nuestra revolución obrera y campesina y de la revolución internacional. Camaradas, nosotros hemos comenzado en octubre en medio de un auge impetuoso del movimiento y barrimos, casi sin resistencia, la dominación de los propietarios y de la burguesía. Pero ya entonces los representantes más experimentados de la clase obrera comprendían claramente que la revolución de octubre no era la última victoria, que la burguesía y las clases poseyentes, en general, no entregarían sin combate sus últimas posiciones, privilegios y ganancias, y recurrirían a todo: al cielo y al infierno, a las vinculaciones internacionales y a su arte de la mentira, a su fuerza militar, en la medida que cuentan con ella, y a su poder de seducción, a su capacidad de soborno; en una palabra, a todos los medios creados por las clases dominantes durante su dominación secular. Esa previsión se ha confirmado.

Ya en enero y febrero nuestra situación se hizo crítica. Nos encontramos cogidos entre el martillo del imperialismo alemán y el yunque del imperialismo anglofrancés y americano. El martillo parecía entonces más amenazador y nos vimos obligados a concluir un compromiso con el imperialismo austrogermano mediante el tratado de Brest-Litovsk, tratado monstruoso, sin precedentes en la historia por la dureza de sus condiciones. Después, la paz de Brest-Litovsk fue superada por las condiciones que Inglaterra y Francia (estas grandes democracias, liberadoras de pueblos) impusieron a una Alemania debilitada y agotada. Muchos de vosotros, camaradas, recordáis sin duda la situación objetiva del país y los sentimientos que predominaban entonces en la clase obrera, durante esos meses malditos situados entre la firma del tratado de Brest-Litovsk y el comienzo de nuestras victorias en el frente del este.

Al oeste nos encontrábamos cogidos en las tenazas de hierro del imperialismo alemán, con la complicidad interna de la burguesía rusa y de todos sus servidores, los cuales se servían al mismo tiempo de la presencia de las tenazas de hierro germánicas para azuzar a la gente contra nosotros; diciendo: “Ved, el poder soviético entregó Rusia al imperialismo germano”. Al mismo tiempo, respondiendo al llamamiento y a la incitación de la burguesía rusa y de los partidos que la servían, en el noreste se presentó un nuevo peligro: el checoslovaco. La región del Volga estaba directamente amenazada y después de la toma de Arjánguelsk lo mismo sucedió con la costa norte.

No creo, camaradas, que un gran pueblo se haya encontrado nunca en una situación tan terrible como en la que nos encontramos nosotros en marzo, abril, mayo, junio, julio y agosto del año pasado. Parecía que nuestras últimas cuentas con la historia habían sido ajustadas y firmadas, de un lado con el imperialismo alemán y de otro con el imperialismo anglofrancés y americano-japonés. A nuestros enemigos, que exultaban, les parecía que la Rusia revolucionaria ya no era más que un cadáver político destinado a servir de abono a culturas y civilizaciones extranjeras; que ya no había futuro independiente para el pueblo revolucionario ruso. La burguesía y los partidos que la apoyaban no han hecho otra cosa (no debemos olvidarlo nunca y debemos recordárselo siempre) que invitar a *varegos*¹ extranjeros a dominar y reinar sobre nosotros. Apelaron a diferentes destinatarios (Alemania, Inglaterra, Japón, América), según cual les venía más cerca. La burguesía ucraniana y los burgueses rusos ofendidos que huyeron a Ucrania se dirigieron a los alemanes y los austriacos. Nuestros burgueses y kulaks de las costas del norte buscaron protección en Inglaterra. Al este fraternizaron con los checoslovacos, que como sabemos no eran más que un destacamento de los financieros franceses.

Y pese a que la burguesía rusa, en este momento crítico y crucial, se fraccionó en varias partes (vendió el pueblo ruso a diferentes estados), conservó su unidad interna. En este periodo mostró a las masas trabajadoras del pueblo ruso que el patriotismo y los intereses de la patria no son más que una máscara, cuya función es ocultar los beneficios y privilegios de la clase dominante; que cada Kolchak, Miliukov, Denikin o Skoropadski, está dispuesto a vender y revender una y mil veces a Rusia, con tal de conservar, aunque sólo sea, una décima parte de sus privilegios y beneficios.

Esta fue una gran escuela para las masas trabajadoras rusas, una gran escuela. Y una segunda escuela del mismo género fue después, aquí en el este, la experiencia con Kolchak. Dado que la revolución de octubre fue inesperada y no preparada ideológicamente para el campesinado ruso, sobre todo en los territorios del este, donde ese campesinado gozaba de una situación mejor, pasaba menos hambre, y era menos sensible, por tanto, a la propaganda comunista; dada esta circunstancia, las consignas e ideas de la llamada Asamblea Constituyente encontraron eco, durante largo tiempo, en ese campesinado. Tomado en su masa el campesino es impotente: ésta es su desgracia. Se encuentra atomizado, a diferencia del obrero que está concentrado en fábricas, empresas y ciudades, más cerca de las universidades y escuelas, más cerca de la instrucción, de los periódicos, del teatro. Por muy infortunados que sean los obreros bajo el régimen capitalista, están más en contacto de todas maneras con las fuentes de la cultura, de la civilización, de la instrucción. El campesinado está disperso en medio millón de pueblos y aldeas, diseminados en el inmenso espacio de la vieja Rusia zarista. En cada poblado, unos cientos (en el mejor de los casos unos miles) de habitantes, sin vínculos entre sí, ideológicamente impotentes. Esta masa campesina encuentra difícilmente la manera de expresar sus aspiraciones, sus exigencias. Oscila de un lado a otro sin encontrar un programa claro, pero no es culpa suya, culpa del campesino, sino de su doloroso destino en el pasado. Fue engañado por la monarquía, por los popes de todas las religiones, por los burócratas de todos los países; fue engañado por la burguesía, por el liberalismo, por las ideas de la democracia. De vez en cuando el campesinado se sentía impulsado interiormente a terribles explosiones revolucionarias, incendiaba los edificios de los terratenientes, y de nuevo, fatigado, se entregaba sumisamente a las clases poseyentes. La historia de la humanidad conoce estas terribles explosiones de indignación y

¹ Nombre ruso de tribus normandas, de las que según viejas crónicas procedían los primeros príncipes rusos. Utilizado tradicionalmente para designar todo extranjero que adquiere privilegios económicos y políticos sobre los naturales del país. [NDE].

exasperación, al mismo tiempo que de impotencia, propias del campesinado. Las clases poseyentes, más instruidas, supieron siempre, finalmente, embridar al campesino.

Ese peligro existía también en nuestra revolución. Si no sucedió se debe a que, por primera vez en la historia mundial, a la cabeza del campesino insurrecto estuvo la clase desposeída de los proletarios en lugar de la clase urbana poseyente. La clase obrera se puso a la cabeza del campesinado para arrancarlo de la miseria y traducir el lenguaje de su indignación y sus sufrimientos al lenguaje de las ideas revolucionarias, de las consignas revolucionarias; no se puso a su cabeza para engañarlo sino, por primera vez en la historia, para sacudir su modorra, liberarlo del hambre y de los viejos engaños. Pero, camaradas, este viraje histórico, ideológico, fue demasiado catastrófico para las masas campesinas, y nada de extraño tiene si al liberarse de la barbarie zarista, del yugo de la nobleza y del presidio clerical; al encontrarse lanzado de golpe al camino de la revolución proletaria socialista, las masas campesinas no supieron distinguir siempre los amigos de los enemigos. Y, por otra parte, camaradas, hay que tener en cuenta lo que por sí mismo cuesta este difícil proceso, sobre todo en un país agotado, que ha sufrido cuatro años de guerra y ahora padece el ataque del imperialismo mundial. La revolución es como los dolores del parto del nuevo régimen social. El niño, al nacer, ocasiona a la madre penosos dolores, y en la revolución se trata del nacimiento de un nuevo régimen a partir del viejo: naturalmente, todo el organismo del país es sacudido por los terribles dolores del parto. Los obreros y campesinos sufren los efectos.

Pero la clase obrera se da cuenta de que es un periodo de transición, y que tras este periodo de transición llegará el verdadero desarrollo normal de la nueva sociedad, que compensará todas las dificultades, todas las cargas y sufrimientos de esta transición. Al campesino le es mucho más difícil comprender esto: percibe más agudamente las dificultades y calamidades de ese periodo de transición, en el que las nuevas heridas se superponen a las viejas, a las antiguas llagas, exacerbando el dolor, de la misma manera que el forzado sufre más en el momento en que le quitan las cadenas que cuando está tumbado tranquilamente, encadenado al muro. En este periodo de transición las viejas heridas y llagas le parecen al campesino más insoportables que nunca, y he ahí que se le acercan los socialrevolucionarios de derecha y los mencheviques asegurándole que hay un medio especial de resolver indoloramente todas las cuestiones a través de la Asamblea Constituyente, por la vía del sufragio universal. Se reúnen todos en un edificio que se llama parlamento, donde habrá un presidente, que se llama Chernov, donde habrá partidos, donde se votará, habrá urnas en las que se depositarán papeletas, y todo saldrá según lo introducido en las urnas: entrega o no de la tierra al campesino, quién ha de ser el amo del país, el obrero o el capitalista. Todo se resolverá con las papeletas, pacíficamente, como Dios manda.

La clase obrera sabe que cuestiones tan fundamentales no se resuelven con votaciones, con levantar y bajar las manos y otras formas de gimnasia parlamentaria; que las clases poseyentes no entregan sin combate sus posiciones, que sólo es posible tomarlas por la fuerza, pecho contra pecho, acero contra acero, sangre contra sangre. El obrero lo sabe, pero al campesino lo han desconcertado.

Mas he aquí que la historia realizó en Samara, en toda la región del Volga, una gigantesca experiencia que permite instruir la conciencia de las masas más atrasadas. En Samara se reunió la Asamblea Constituyente o, lo que es lo mismo, Kolchak, Dutov y ese grupo intermedio de la intelligentsia que se embrolla y extravía entre los terratenientes y los campesinos, entre los campesinos y los obreros. Precisamente este grupo intermedio, inútil, indefinido, de socialrevolucionarios y mencheviques, es el portador de las ideas de la Asamblea Constituyente. Kolchak sabe que todo es cuestión de fuerza. Denikin también lo sabe y nosotros lo sabemos. Pero los de ese grupo piensan que todo depende del poder

sugestivo de Chernov, Avkséntiev y otros tenores de la democracia parlamentaria. La historia ha realizado en este caso una experiencia. Los socialrevolucionarios y mencheviques se separaron de nosotros, separaron la Asamblea Constituyente de la clase obrera y del campesinado pobre, y se incorporaron al furgón de los ejércitos de Kolchak y Dutov en calidad de comando civil para servir de intermediarios entre las centurias negras y los guardias blancos (lo blanco y lo negro es lo mismo en este caso), por un lado, y las masas trabajadoras, por otro. Con los lemas de la Asamblea Constituyente ayudaron a Kolchak a formar un ejército. Kolchak, el aventurero, el antiguo almirante zarista, que había buscado ayuda en los alemanes, pasó al servicio de los americanos, viajó a Nueva York (donde recibió sus treinta dineros) y regresó. Se trata de un típico aventurero, sin pasado y (¡estad seguros!) sin porvenir. Y este aventurero no habría tenido éxito alguno si, respaldándolo, no se hubiera levantado la fachada de la Asamblea Constituyente. Una vez que esta fachada le había ayudado a crear el ejército, les dijo a Chernov y Avkséntiev: “los esclavos han hecho su trabajo, que se vayan”. Y así era, en realidad.

Cumplida su faena, los esclavos constituyentistas se dispersaron en diferentes direcciones. Avkséntiev se fue a Francia e Inglaterra, a solicitar la ayuda del imperialismo europeo contra nosotros. Chernov y sus correligionarios, con toda la presidencia de la sacrosanta Asamblea Constituyente, llamaron a la puerta de nuestra mansión soviética y rogaron que se les permitiera entrar porque no podían soportar más tiempo la atmósfera creada por la Asamblea Constituyente².

Esto fue una gran lección, camaradas, para las masas más atrasadas e ignorantes. Es difícil concebir y desear mejor lección, más gráfica, aunque su precio haya sido muy elevado. Acercaos ahora a un campesino ruso que tenga algo en la cabeza y preguntadle: “¿Qué tal la Asamblea Constituyente, te enrolarás bajo su bandera?”. ¿Qué responderá todo campesino que haya observado siquiera un poco la vida del país? Deberá responder: “Yo he visto esa bandera en Samara, la vi en Ekaterinburgo, en Ufa, y he visto que para Kolchak no era más que un trapajo”.

Así, los portadores más autorizados de esa bandera, los señores socialrevolucionarios, tuvieron que buscar refugio. ¿Dónde? Allí donde la revolución seguía en pie porque la clase obrera no se ilusionó con ideales superficiales y formales de democracia, y se dijo que la defensa de la revolución era ella misma, la clase obrera organizada y armada, la clase que toma el poder, pone en su puerta un centinela armado y declara: “Prohibida la entrada en esta casa a los opresores y a los granujas”.

Por tanto, camaradas, desde el punto de vista de nuestro desarrollo interior hemos tenido altos y bajos, avances y retiradas, pero en conjunto la historia ha trabajado magníficamente por nosotros, destruyendo todos los viejos prejuicios. El resultado de ese trabajo lo hemos visto, justamente, en las últimas insurrecciones campesinas que han tenido lugar en el interior del país, provocadas por agentes directos de Kolchak, apoyados por los kulaks, que han arrastrado en algunos lugares a grupos importantes de campesinos medios, debido a que los campesinos ven lo difícil que es vivir, pero no siempre saben distinguir cuál es la verdadera salida.

² *La política de la Asamblea Constituyente en Samara*, y después en Ekaterinburgo, desembocó en el golpe de estado del 18 de noviembre que llevó a Kolchak al poder. Los constituyentes adoptaron una serie de “tremendas” resoluciones, cuyo estudio fue interrumpido por un pequeño destacamento de fusileros montañeses del 25 Regimiento de Ekaterinburgo. El 19 de noviembre, este destacamento detuvo a todos los miembros de la Asamblea Constituyente, con Chernov a la cabeza, y el 20 de noviembre la “asamblea” fue instalada en un tren de mercancías, dirigido primero sobre Cheliábinsk, donde se encontraba el cuartel general checoslovaco, y de allí a Ufa. Los socialrevolucionarios formaban parte del gabinete ministerial del Directorio (Avkséntiev, Zenzinov, Argunov y Rogovsky) fueron enviados bajo vigilancia especial a Jarbin, de allí a América, de donde irían al país de su elección. La Asamblea Constituyente terminó así su existencia en territorio ruso. Una parte de los miembros de la Asamblea Constituyente pasó de Ufa a la Rusia soviética.

¿Pero qué consignas han proclamado, agitado, los promotores de las insurrecciones? Si al comienzo de la revolución de febrero, la primera revolución, llevaban aún consignas favorables al zar, más tarde fueron abandonadas porque con esas consignas no podía llegarse a masas de alguna importancia, y tomaron prestada a los socialrevolucionarios la consigna de Asamblea Constituyente. Krasnov, Denikin (todos los que soñaban con el restablecimiento del poder autocrático de los terratenientes) se pronunciaban entonces por la Asamblea Constituyente; cuando se presentaban ante el pueblo se ponían la máscara de la Asamblea Constituyente. Pero esta máscara ha sido desgastada por Kolchak, de ella no ha quedado ni rastro. Y he ahí por qué durante las recientes insurrecciones que han tenido lugar aquí, en la retaguardia del frente oriental, los agitadores contrarrevolucionarios no promovían ya la consigna “viva la Asamblea Constituyente” sino “viva el poder de los sóviets” y “abajo el partido de los comunistas”, “abajo los extranjeros”, etc. No se atrevieron a lanzar la consigna “abajo el poder de los sóviets” (y en mi poder obran muchos llamamientos impresos y manuscritos, difundidos por los guardias blancos en las provincias de Simbirsk y de Kazán) copian por doquier nuestras consignas y nuestras organizaciones. Han formado un estado mayor con su comisario militar y su dirigente militar, como debe ser según los decretos del poder soviético. Quiere decirse que, en la conciencia de las masas campesinas, en su carne y su sangre, han penetrado profundamente las ideas del poder soviético, y para engañar a los campesinos, para incitarlos a la rebelión, hay que actuar enarbolando la bandera del poder soviético...

Esta es la lección que debemos extraer de las últimas insurrecciones. Hace unos días he hecho un informe a este propósito ante el Sóviet de Moscú y he recordado el asunto que hubo hace cincuenta años, o casi, cuando nuestros revolucionarios rusos no eran más que un grupito débil e insignificante y el campesino estaba impregnado hasta los tuétanos de prejuicios religiosos y monárquicos. Entonces surgió el conocido asunto de Chiguirin, a cuya cabeza estaba el difunto camarada Stefánovich, todavía joven inexperto, que se lanzó a una iniciativa arriesgada. Este grupo de revolucionarios se dirigió a los campesinos con una carta que llevaba la firma falsificada del zar y se llamó carta de oro porque llevaba un gran sello dorado³. ¿Qué significaba todo esto? Significaba la extrema debilidad de los revolucionarios y la gran fuerza de los prejuicios monárquicos en las masas campesinas. La iniciativa fue condenada por todos los revolucionarios porque, por muy débiles que sean, los revolucionarios no deben nunca fingir apoyo a las concepciones erróneas de las masas populares. ¿En qué consiste la fuerza del partido revolucionario? En que ilumina e instruye la conciencia de las masas trabajadoras. Ni en el éxito ni en el fracaso, ni en sus horas de fuerza ni en sus horas de debilidad o impotencia, nunca, en ningún caso tiene derecho el partido revolucionario a mentir y engañar a las masas trabajadoras.

Por esta razón, como ya he dicho, el partido revolucionario condenó esa iniciativa de un grupo débil de revolucionarios. Pero si hace cincuenta años, camaradas, nos encontrábamos ante un paso en falso de un partido revolucionario todavía joven e inexperto, hoy estamos ante la última baza arriesgada que intenta jugar una

³ En 1875, el camarada Stefánovich, con los camaradas Bojanovski y L. Deitch, aprovechando las agitaciones campesinas en el distrito de Chiguirinsk, provincia de Kiev, decidió intentar la organización de una insurrección campesina con ayuda de manifiestos zaristas. Stefánovich preparó una carta falsa; firmada Alejandro II, impresa sobre una gran hoja de papel bristol, con sello dorado. Además de esta carta, Stefánovich difundió, también en nombre del zar, el estatuto de una sociedad campesina llamada “*druzhina secreta*” [*druzhina*, milicia en la Rusia antigua. NDE]. Sobre estas bases se creó una organización clandestina que puso manos a la obra. Para más detalles sobre este episodio ver las notas de Stefánovich, incluidas en la *Historia de los movimientos revolucionarios en Rusia* de Tuny.

contrarrevolución agonizante. Ha perdido toda base ideológica. No tiene más remedio que colocarse sobre nuestro terreno ideológico.

He aquí que los socialrevolucionarios de izquierda, que no se consideran partido de la Asamblea Constituyente sino partido soviético, constituyen ahora una cobertura para la contrarrevolución. Lo mismo que en el periodo anterior los socialrevolucionarios de derecha se prestaron a respaldar a Kolchak con la bandera de la Asamblea Constituyente, ahora los socialrevolucionarios de izquierda prestan a esos agitadores de Kolchak, y en general a toda la contrarrevolución, una falsa bandera, la bandera del poder soviético.

En estas insurrecciones, por consiguiente, hemos reconocido nuestra enorme fuerza ideológica y organizacional. Pero al mismo tiempo, claro está, fueron signo de nuestra debilidad, porque han logrado arrastrar, como ya dije, no sólo a los kulaks sino a una parte importante del campesinado medio. No es necesario que nos engañemos a este respecto. El fenómeno se explica por causas generales, a las que ya me he referido: en particular el atraso del campesino. Pero no hay que echar toda la culpa al atraso, porque como decía Marx el campesino no tiene sólo prejuicios sino juicio. Y a partir del prejuicio se puede apelar al juicio del campesino, llevarlo hacia el nuevo régimen sobre la base de su propia experiencia, a fin de que el campesino se dé cuenta en la práctica de que en la clase obrera, en su partido, en el aparato soviético, tiene dirigentes y defensores; a fin de que el campesino comprenda la necesidad de nuestras requisiciones, su inevitabilidad, y vea cómo las aplicamos a los campesinos rebeldes, de modo que sobre el kulak caiga una pena doble o triple; a fin de que comprenda, cuando penetramos en la vida interior de su pueblo, nuestro esfuerzo por distinguir entre quién lleva una vida más fácil o más difícil, por diferenciar las diferentes capas y buscar la más estrecha vinculación con el campesino medio. Necesitamos esto por dos razones.

En primer lugar, porque mientras la clase obrera no llegue al poder en Europa occidental, mientras nuestro flanco izquierdo no pueda apoyarse en la dictadura del proletariado en Alemania, Francia y otros países, mientras esto no ocurra, la clase obrera de Rusia necesita (en la lucha contra sus enemigos interiores y exteriores) que su flanco derecho se apoye dentro de Rusia en el campesino medio. Pero no sólo en este periodo. También después, porque después de la definitiva, inevitable e históricamente determinada victoria de la clase obrera en Europa, ante nosotros se planteará en nuestro país la inmensa tarea de socializar nuestra agricultura, de transformar la economía fraccionada y atrasada del mujik en una economía nueva, colectiva, comunista. ¿Cómo realizar una transformación, sin precedentes por su magnitud en la historia mundial, contra la voluntad del campesino? No hay modo alguno. Aquí no sirven las medidas de violencia, de coacción. Hacen falta medidas pedagógicas, la persuasión, el ejemplo, el estímulo. He ahí los métodos con los que la clase obrera instruida y organizada se entenderá con los campesinos, con los campesinos medianos.

En el Don, camaradas, cuando nuestros regimientos rojos se encontraban con los cosacos (con los cosacos de filas) a los que liberaban del poder de Krasnov, los comisarios comunistas tenían que responder a preguntas como éstas: “¿Y qué va a pasar ahora? ¿Nos arrojaréis a todos al pozo común? ¿Nos quitaréis todo para dárselo a la comuna?” Y los comisarios que mejor comprendían el fondo de la política comunista respondían a los cosacos que les interrogaban: “No, nosotros no recurrimos a la violencia más que contra los capitalistas, los explotadores, los terratenientes y los kulaks rurales, que explotan trabajo ajeno para beneficiarse y especular con el trigo. En lo que respecta al campesino mediano (incluido el cosaco mediano) aplicaremos métodos de persuasión, es decir, los estimularemos a crear una economía comunista. El estado acudirá en ayuda de esta economía con conocimientos agronómicos, científicos; con dinero y técnica, y las economías particulares quedan en libertad de competir con esas economías comunistas.

Entonces los cosacos, los cosacos escépticos e impregnados de los sentimientos del pequeño propietario, se decían (rascándose el cogote): “Bueno, no está mal. Veremos si la comuna marcha bien aquí y entonces haremos lo mismo”.

Este es el único método justo que puede utilizar el proletariado en el poder: ver en el campesino un aliado y ajustar a ello toda su política en el campo. Las insurrecciones que han tenido lugar aquí en la región del Volga, representan una advertencia, y una advertencia doblemente amenazadora porque el proletariado aún no ha llegado al poder en occidente. Los errores son siempre perjudiciales, pero cuando estemos fortalecidos con la victoria del proletariado en occidente nuestros errores serán menos peligrosos. Ahora son peligrosos, tanto más cuanto que aquí ya no se trata sólo de errores sino de verdaderos crímenes. El poder soviético es un poder. Y el poder significa para ciertas personas la posibilidad de adquirir toda clase de privilegios, de beneficiarse y enriquecerse ilegalmente, de ejercer la violencia, y era inevitable, por tanto, que elementos profundamente depravados trataran de situarse en el poder soviético en una serie de lugares. Hay otros muchos, naturalmente, procedentes también del viejo régimen, que a consecuencia de vivir en cierto medio creían en ese régimen, pero al ver el nuevo pasaron a nuestro lado honestamente, porque se dieron cuenta dónde estaba la verdad. Pero hay muchos que bajo el antiguo régimen eran ya granujas redomados, que sostenían el viejo orden de cosas porque les era beneficioso, y los cuales están dispuestos bajo cualquier régimen a pintarse del color que sea y adorar cualquier Dios. Como en un antiguo drama donde se cuenta que el viejo cortesano Esterman rezó primero al dios ruso, después al turco y más tarde al alemán, engañando luego a los tres.

Así pues, camaradas, tanto en los eslabones inferiores como superiores del poder soviético han penetrado elementos profundamente ajenos al espíritu de la política comunista, ajenos moral y espiritualmente a las masas trabajadoras. Vedlos en los distritos, las comarcas: se comportan con el campesino igual que en el viejo régimen se comportaban los jefes y comisarios de policía, los gendarmes y guardias, los jefes de los zemstvos. Y así sucede que aquí o allá los campesinos, en el colmo de la indignación, cogen sus hoces y estacas y se lanzan a una protesta impotente, arrancando raíles, volando puentes. Los agitadores contrarrevolucionarios se aprovechan y los incitan más. En la provincia de Kazán, por ejemplo, me enseñaron documentos relativos al distrito de Senguilievsk, donde los campesinos fueron sometidos a increíbles humillaciones por algunos pequeños funcionarios soviéticos: precisamente funcionarios y no cuadros soviéticos, porque estos últimos son los que se ponen al servicio de las necesidades del campesino, le explican y aclaran. Si contra el enemigo abierto recurren a la violencia, como es natural, cuando se trata de campesinos insuficientemente conscientes los tratan como amigos. En el caso citado se trataba de los viejos procedimientos zaristas, de la violencia y la opresión de antes. Cuando leí los documentos pregunté qué se había hecho con esos individuos. Si yo formara parte de vuestro tribunal, les dije, hubiera convocado a los campesinos del distrito de Senguilievsk, y hubiera llevado, por un lado, a los miserables agentes de Kolchak, que los habían incitado a destruir las vías férreas, y, por otro, a esos canallas que se dicen soviéticos y utilizan el nombre del poder soviético para oprimir a los campesinos. Con el mismo pelotón de soldados rojos hubiera hecho fusilar a los unos y a los otros.

Camaradas, comprendamos bien esa advertencia. Examinemos y verifiquemos nuestras filas soviéticas, depurémoslas de todos los elementos extraños, y hagamos que los campesinos comprendan que la única salida para ellos reside en pasar, junto con la clase obrera, a través de un abrupto puerto de montaña, al pie del cual nos encontramos actualmente. Porque si nuestra situación interior es difícil, a estos meses de hambre, de la primavera, seguirá un verano aún más difícil, lo cual será utilizado por nuestros enemigos.

En cambio, nuestra situación internacional es cada vez mejor, abriéndonos perspectivas radiantes.

Camaradas, he comenzado con la descripción de la paz de Brest-Litovsk, la página más penosa y sombría de la historia del poder soviético. Todos recordáis, sin duda, la algarabía levantada contra nosotros por esos llamados patriotas, acusándonos de soborno o de traición. Fueron semanas y meses terribles, en los que el poder soviético se mostraba impotente. No teníamos ejércitos (el antiguo se había dispersado, paralizando el transporte y arruinando la economía, y aún no teníamos otro para reemplazarlo) viéndonos obligados a ser los liquidadores de una guerra en la que el ejército zarista había sufrido la más espantosa derrota. Tuvimos que pagar las letras atrasadas del zar y de Miliukov. El fardo cayó sobre nosotros.

Entonces nos decíamos: “Paciencia, habrá fiesta en nuestras calles, la revolución alemana estallará”. De nosotros se burlaban esos sabihondos que replicaban: “lenta va la tortuga y algún día llegará”, acusándonos de alimentar con fábulas las esperanzas del pueblo ruso. O bien nos decían: “Hasta que el sol se levante el rocío tiene tiempo de comerse los ojos”. Así hablaban, abiertamente. Peor aún: los mencheviques alemanes, los socialdemócratas Scheidemann y Ebert, escribían en sus periódicos, diez días antes de que se iniciara la revolución alemana: “Los bolcheviques engañan conscientemente al pueblo ruso anunciándole la revolución alemana porque aquí no habrá revolución”. ¡Escribían estas líneas diez días antes de la revolución alemana! Nuestros mencheviques les citaban, comentaban, se apoyaban en sus juicios, en su opinión.

Camaradas, en esta cuestión como en la de la Asamblea Constituyente, la historia ha trabajado magníficamente, ha dado cuenta de todos los compromisos y todas las predicciones, tanto de las predicciones de los charlatanes como de las del socialismo científico. En Brest-Litovsk fuimos aplastados: allí, frente a nosotros, estaban el barón Kuhlmann y, el conde Chernin, representantes los Hohenzollern y los Habsburgo, y, camaradas, hubiese sido conveniente que todos vosotros los hubieseis visto tan de cerca como yo los vi..., aunque, dicho sea de paso, no os deseo encontraros en la situación en que nosotros nos encontramos frente a estos dos imbéciles representantes diplomados, patentados, de los Hohenzollern y los Habsburgo.

Y ellos, camaradas, nos examinaban como cualquier señora encopetada contempla una planta exótica.

“Hay que ver los que nos ha tocado atisbar... ¡el poder soviético! Bueno, apresurémonos a examinarlo bien, porque según está exactamente previsto no pasará de la semana próxima”.

El barón Kuhlmann y el conde Chernin son, claro está, personas refinadas, y en las conversaciones oficiales sólo hacían leves alusiones a eso, pero en las conversaciones privadas decían abiertamente: “Ustedes firmarán la paz, pero su aplicación correrá a cargo de otros, de los que los “releven”, es decir, de gentes más distinguidas, de respetables gobernantes burgueses, o, tal vez, de la monarquía, de los mismos Romanov”. De esto estaban convencidos, no tenían la menor duda. Y cuando ese insolente conde Mirbach, que en paz descansa, vino a verme al Comisariado de la Guerra, (evidentemente, sin haber sido invitado), en mayo del año pasado, cuando los checoslovacos se habían sublevado en el este, los alemanes avanzaban en el sur y toda Ucrania estaba en sus manos, Skoropadski había tomado posesión y se creía seguro; cuando en esa maldita época el conde Mirbach vino a verme, me preguntó desde lo alto de su grandeza: “Qué, ¿cuándo se despedirá usted de Rusia?...”

Por deber de cortesía procuré eludir la cuestión y le respondí, más o menos: Usted sabe, conde, en esta época turbulenta y cambiante no hay, en general, gobiernos estables. A lo que, con toda la insolencia del junker prusiano, respondió: “No, yo me refiero a su

gobierno”. Entonces, dando de lado todo deber de cortesía, le repliqué: “Créame, conde, nuestro gobierno es mucho más sólido que ciertos gobiernos hereditarios”.

Hubierais tenido que ver, camaradas, la cara del conde Mirbach. El episodio tenía lugar justamente el día en el que la contrarrevolución intentó provocar choques en las calles aprovechando las procesiones de Pascuas: por Moscú, a lo largo de las murallas del Kremlin, avanzaban las procesiones, y el conde Mirbach, mirando a través de la ventana (la conversación tenía lugar en el tercer piso) repitió: “En todas partes, en todas partes se tambalean”.

Y, cuando le dije que nuestro gobierno era más sólido que ciertos gobiernos hereditarios, me miró como se mira a un loco que olvida todas las leyes, tanto las divinas como las humanas.

¿Ha pasado mucho tiempo desde entonces? No llega al año; pero, ¿qué es un año en la historia de los pueblos? El conde Mirbach ha sido muerto; pero, ¿y el káiser alemán? Se oculta en algún lugar de Holanda y no osa mostrarse en su país. ¿Y el barón Kulhmann y el conde Chernin, con los que nos reunimos en Brest-Litovsk? ¿Y la monarquía alemana? No queda ni rastro. ¿Y el ejército alemán? No existe, se ha convertido en polvo. ¿Y la clase obrera alemana? Lucha por el poder.

La monarquía austrohúngara ha sido aplastada, deshecha. ¿Dónde está el emperador Carlos de Austria-Hungría? Se oculta por ahí. ¿Y el príncipe Chernin? Se esconde en algún rincón. Pero el poder soviético existe en Moscú, en Petrogrado, en Samara, y en todas partes es cien veces más fuerte que un año atrás. Nos amenazaban las tenazas del imperialismo anglofrancés, y hubo un momento en que esas tenazas parecían aprisionarnos mortalmente. Después de su victoria sobre Alemania, el poderío de los anglofranceses no reconocía límites. Es más, la misma burguesía alemana, junto con Hindenburg, estaba dispuesta a servir a Francia e Inglaterra en la tarea de aplastar a los bolcheviques. En mi poder tengo periódicos alemanes recientes donde se dice abiertamente, en una serie de editoriales: “Al oeste, [es decir, en la frontera francoalemana] se elevan muros de hierro y cemento, los muros del viejo odio nacional entre Francia y Alemania. Pero esto es poca cosa en comparación con el abismo que nos separa del este. Con Francia podemos, de una u otra manera. llegar a un arreglo, pero con los bolcheviques, con el poder soviético, ¡jamás! Allí existe otra concepción del mundo, allí niegan [cito textualmente] toda base de vida económica y de propiedad privada”. Agreguemos nosotros: y el orden en que se basa el sacrosanto beneficio. La lucha contra Inglaterra y Francia, las viejas fortalezas de Belfort y Verdún; todo eso no es nada en comparación con el odio que inspiramos al capital europeo unido. Tal es la confesión de la burguesía alemana aplastada, humillada, despojada, que incluso ahora, cuando se retuerce bajo la bota de la burguesía inglesa y francesa, le dice: “de todas maneras me siento más cerca de ti, más atraída por ti, que por esa horrible república comunista soviética”. Esos son los sentimientos que inspiramos en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en todas partes.

Cierto, podéis decir que cuando Inglaterra y Francia nos han propuesto las conversaciones en las islas de Prinkipo, el poder soviético ha dado su acuerdo. Lo ha dado (como cuando Brest-Litovsk) porque estamos dispuestos a aprovechar toda posibilidad de reducir nuestro frente, de obtener una tregua, de aliviar las cargas de nuestro Ejército Rojo y de todo el pueblo trabajador. No hace falta decir que vamos a las islas Prinkipo, como fuimos a Brest-Litovsk, no por simpatía, respeto y confianza hacia Clemenceau, Lloyd George y ese viejo santurrón hipócrita de allende del océano, Wilson. No, camaradas, a este respecto Clemenceau, Lloyd George y Wilson no se engañan ni un instante, como tampoco se engañaban los Hohenzollern y los Habsburgo: todos saben que experimentamos hacia ellos los mismos sentimientos que ellos hacia nosotros. Nuestra

vinculación con ellos es el odio, la hostilidad implacable que llevamos dentro, y un acuerdo con ellos no está dictado más que por el frío cálculo: en esencia es un armisticio provisional, después del cual la lucha se reanudará inevitablemente con nueva fuerza.

Al principio parecía que nos iban a aplastar, después nos propusieron las conversaciones de Prinkipo, más tarde dejaron de hablar de esta propuesta. ¿Por qué? Porque Kolchak, Denikin, Krasnov y Mannerheim en Finlandia declararon a la alta finanza imperialista: “Dadnos un plazo, dadnos todavía los dos o tres meses de la primavera, y el poder soviético será aplastado. No tendréis necesidad de entenderos con él en las islas Prinkipo”. A lo que Lloyd George respondió: “Hace tiempo que nos hacéis esa promesa. El primero fue Miliukov, después Kerensky, y Skoropadski en Ucrania, más tarde Krasnov; ahora Krasnov ha huido de Rostov, siendo reemplazado por Bagevski. Todos habéis prometido. Kolchak lo prometió hace tiempo a América. No os daremos más ayuda en tropas, nuestra situación en el norte y en el sur empeora cada vez más”. Entonces Kolchak, Denikin y otros respondieron: “Rogamos, suplicamos, concedednos aunque sólo sea un pequeño plazo para acabar con el poder soviético. No entréis en conversaciones con él, no fortalezcáis su situación. Estamos preparando una gran ofensiva para la primavera”.

Y he ahí que llegó esa ofensiva de primavera: es la que estamos aguantando ahora. En el curso del invierno los Aliados han dado dinero y municiones. No han dado fuerzas humanas porque temían enredarse demasiado en nuestros asuntos, atascarse en los espacios soviéticos; porque en la experiencia de Alemania han comprendido que las tropas imperialistas entran en Rusia con la bandera tricolor del imperialismo y de la violencia y esas mismas tropas salen de la Rusia soviética con la bandera roja del comunismo.

Están de acuerdo en dar armas, dinero, fusiles, pero retiran sus soldados. El influyente diario *Le Temps*, en Francia, y el del mismo nombre (*Times*) en Inglaterra, hablan abiertamente de que las tropas francesas parten de Odesa porque después de la caída de Nikolaiev y Jersón la situación del ejército desembarcado en Odesa se ha hecho demasiado peligrosa. Así, abiertamente, habla la prensa europea de esta cuestión. En mi poder obran telegramas, recibidos hoy o ayer, relativos a la situación de las tropas aliadas en el norte de Rusia. No sé si han sido publicados en los periódicos: “América. Despacho radio de París a Canadá. Emoción involuntaria que gana círculos británicos respecto serio peligro aniquilamiento expedición Arjánguelsk viene confirmar opinión militares americanos expresada hace bastantes meses. Se añaden nuevos hechos importantes. En particular rebelión tropas finlandesas en Arjánguelsk”.

Los americanos e ingleses movilizaron (o más exactamente, atrajeron a los regimientos finlandeses) cuando los alemanes ocuparon Finlandia y los ingleses aparecían como liberadores del imperialismo alemán. Ahora la radio americana anuncia abiertamente desde París la rebelión de los soldados finlandeses incorporados al ejército angloamericano en nuestro litoral septentrional: “Rebelión tropas finlandesas amenaza cortar única vía a nuestros soldados. Concentración barcos de guerra bolcheviques en el Ovína y el Volga prueban disposición al ataque. Mayor parte destacamento este lugar formado por canadienses. Personalidades oficiales reconocen no existe menor posibilidad reforzar sus efectivos antes ataque bolchevique”.

El *Daily Mail* dice en un editorial: “La responsabilidad del peligro incumbe a los Aliados. Son ellos los que han enviado ese ejército y se han negado a retirarlo. Lo han hecho a conciencia, menospreciando el peligro que corría el ejército, pese a las advertencias de soldados y marinos. Las miradas de todo el mundo se vuelven hacia ellos porque si caen en manos del enemigo les espera una suerte horrible”. Claro está, lo último es una mentira cínica. Si caen en nuestras manos los trataremos como hemos tratado a

centenares (y ahora ya, probablemente, miles) de franceses, ingleses y americanos hechos prisioneros por nosotros en Ucrania y en el norte. Los hemos enviado a la escuela, poniéndoles como profesores a comunistas franceses e ingleses, y hacen magníficos progresos.

No hace mucho, en el parlamento inglés, un diputado burgués preguntó al ministro de marina si era cierto que un tal Price, inglés, llevaba a cabo una criminal agitación bolchevique en el litoral de Múrmansk, y si era cierto que allí se había sublevado un batallón inglés al que hubo que retirar. El ministro inglés de marina tuvo que responder afirmativamente. Dijo que, en efecto, Price había sido antes corresponsal del *Manchester Guardian*, periódico inglés demócrata, y en la escuela soviética se hizo comunista. De Moscú marchó al norte y allí realizó agitación con gran éxito. Los sublevados eran más de un batallón (confirmó el ministro) y habían tenido que ser evacuados.

En Odesa dos camaradas franceses fueron fusilados, por orden del general francés, acusados de realizar agitación entre las tropas. El mismo general, pretextando que el clima es demasiado riguroso, ha decidido recientemente, a toda prisa, regresar con sus tropas a Francia.

Puedo citar también un periódico alemán que escribe: “El Ejército Rojo es fuerte, pero no tanto por sus armas como por su propaganda. Los bolcheviques no son un partido político corriente, situado ahora al frente del estado ruso: no, son revolucionarios mundiales, que aplican en la práctica el principio del internacionalismo de estado, así como niegan en la práctica los principios de la vida económica y el concepto de propiedad privada”.

Más adelante dice: “Contra la imponente masa del Ejército Rojo no podemos resistir con nuestros destacamentos de voluntarios de Hindenburg, no podemos defender nuestras fronteras, porque a disposición del Ejército Rojo hay hoy una enorme fuerza de propaganda que moviliza a los descontentos del mundo entero bajo la bandera del poder soviético”.

Ahí tenéis el reconocimiento del diario burgués *Berliner Tageblatt*. Constata el terrible desconcierto de las clases dominantes de todo el mundo y termina con verdaderos cumplidos al gobierno soviético: “En la misma medida que la política de Lenin y Trotsky es clara y consciente, es absurda y contradictoria la política de los países de la Entente. Lo único que logran con su política es empujar a Alemania en brazos de los bolcheviques”. Etc., etc.

He ahí el estado de conciencia que predomina ahora en las clases poseyentes, la burguesía, los ministros, los gobiernos y los generales de todos los países. Ven que una especie de poderoso impulso penetra en la conciencia de las masas trabajadoras. Por doquier levantan un cinturón sanitario que rodee a la Rusia soviética para impedir que el bacilo del bolchevismo, el microbio del poder soviético, penetre en occidente. Pero al mismo tiempo desembarcan en nuestro territorio, que es el camino más corto para contaminarse. La prensa de los medios dirigentes refleja desconcierto, impotencia, total postración política e ideológica. He citado el *Times* y *Le Temps*, los periódicos franceses y berlineses: todos se quejan del desconcierto y la estupidez de sus clases dirigentes. Desde tiempos remotos se dice que Júpiter priva de juicio a quien quiere perder. Y es comprensible: cuando una clase se encuentra en una situación sin salida es frecuente que pierda el juicio.

No me propongo ahora analizar el fenómeno. No se trata de eso. Allí donde la historia trabaja a nuestro favor, a favor de la clase obrera, la impulsa adelante. Allí donde la historia pone al descubierto el fundamento del poder de las viejas clases, allí nosotros triunfamos inevitablemente. La historia condena a esas clases. A esto me refería cuando he dicho que nuestra situación internacional mejora cada mes, cada semana, cada día.

Nosotros nos fortalecemos, ellos se debilitan. Por eso no nos asusta el armisticio. El tiempo trabaja a nuestro favor. Cuando el armisticio toque a su fin nosotros seremos más fuertes y ellos más débiles. No sé si habrá armisticio o no, pero lo cierto es que retiran sus fuerzas y en el norte avanzamos con éxito. Sus lamentos no son casuales. Después de la toma de Chenkursk hemos concentrado allí nuevas fuerzas y un telegrama de ayer, justamente, nos informa de un nuevo avance de 18 verstas en dirección de Arjánguelsk. Se trata, no lo dudo, del comienzo de una nueva ofensiva que proporcionará a nuestra escuela comunista unos cuantos miles de buenos comunistas ingleses y americanos.

Todo esto indica que nuestra situación internacional es favorable. Son las últimas semanas, los últimos meses (dos meses, todo lo más) que la historia concede a nuestros enemigos interiores. Saben que si ahora (en abril, mayo, junio o julio) no logran que nos tambaleemos, no consiguen que caigamos en el umbral mismo del socialismo europeo, no lo lograrán jamás. Ocurre a veces que una persona sana y fuerte resbala en una corteza de naranja y se rompe el pescuezo. Eso es lo que esperan. Esperan que en las actuales condiciones, cuando la revolución europea se despliega pero aún no ha conseguido la victoria definitiva y se nos acosa por todas partes; cuando sería suficiente, piensan, con que Kolchak y Denikin rompieran el frente en algún sitio para sembrar el miedo y el terror, quebrar la moral del Ejército Rojo, engañar a los campesinos medianos y con la bandera del poder soviético sublevarlos contra el poder soviético; esperan que en estas difíciles condiciones, repito, el poder soviético perecerá cuando está en vísperas de su victoria triunfal en todo el mundo. Tal es la significación de la ofensiva de Kolchak. La ofensiva ha fracasado en todos los demás frentes. Los batallones alemanes de Hindenburg obtienen algunos éxitos en Letonia, y en general en el oeste, junto con los polacos, letones, estonios y guardias blancos de Bielorrusia y Lituania, pero los mismos periódicos (tengo dos en mi poder, uno de la Prusia oriental y otro de Berlín) dicen que se trata de “éxitos casuales, parciales, que no podemos desarrollar; si disponemos de algunas tropas un poco seguras, tenemos necesidad de ellas, en este momento, no contra los bolcheviques rusos sino en Berlín, contra los espartaquistas”.

La situación en el frente oeste está restableciéndose. Las bandas de Petliura se disgregan y dispersan: no son peligrosas. La revolución soviética pasó de Ucrania a Galitzia, que era la retaguardia de Petliura. Ahora el incendio se extiende allí, a sus espaldas. Las tropas rojas regulares eran poco numerosas en Ucrania, pero ante la potente insurrección obrera y campesina retrocedieron, desmoralizadas, no sólo las fuerzas de los guardias blancos de Grichin Almasov, sino las tropas regulares anglofrancesas, con las que nos habíamos batido ante Bieresovska, cogiéndoles un importante botín, incluidos tres grandes tanques.

En la zona del Don y de la cuenca del Donetz fracasaron todas las ofensivas contra nosotros. Allí continúa nuestro avance en la zona del Don, que más tarde proseguirá hacia el Cáucaso. Krasnov ha sido derrotado. También será derrotado Denikin. En la cuenca del Donetz donde han concentrado todo lo que tienen, los vamos cogiendo en tenazas desde Mariúpol a Taganrog, de Vorónezh a Velikokiayesky, a través de Torgovia, hacia Bataisk y Rostov: las tenazas se aprietan cada vez más fuertemente. En cuanto pase el mes de las crecidas primaverales se reanudará nuestra ofensiva y se desplegará siguiendo su eje natural. Allí tenemos superioridad de fuerzas. No os oculto que a las puertas del mar Caspio aguarda nuestra excelente flotilla, incomparablemente más potente que la flotilla del enemigo.

Queda el este, sólo el este. El Ural, Siberia, donde ataca Kolchak y nosotros retrocedemos, donde últimamente nuestro enemigo logra éxitos y nosotros cosechamos reveses. Kolchak se propuso cortar el Volga a toda costa y privarnos de esa arteria fundamental antes de la llegada de la primavera. No hace mucho nosotros limpiamos el

Volga de guardias blancos, haciendo de él un digno río soviético. Los guardias blancos se proponen, de nuevo, deshonorar y ensuciar el Volga, quitárselo a los obreros y campesinos que lo necesitan para el transporte. Si hay un peligro que se cierne sobre el poder soviético, sobre el poder obrero y campesino, ése es el de las bandas de Kolchak, respaldadas con el apoyo de los socialrevolucionarios, de los mencheviques y de la bandera y las ideas de la asamblea constituyente.

Kolchak dispone de una gran retaguardia. En Siberia hay un rico campesinado kulak en el que se apoya. Hacia Kolchak huyeron, desde todos los lugares del país, los peores elementos contrarrevolucionarios de la vieja oficialidad. Con su ayuda, con la ayuda de los kulaks, Kolchak ha llevado a cabo una movilización bastante extensa de las masas campesinas. Ha recibido de América el abastecimiento indispensable y controla gran parte del Ural, habiéndonos arrebatado de nuevo Ufa, reconquistada con la sangre de los obreros y campesinos, y amenazándonos los accesos de Kazán y de Samara. Y aquí, camaradas, nos encontramos ante la tarea más importante de los obreros y campesinos de todo el país en el momento actual: concentrar, cueste lo que cueste, las mejores fuerzas en el frente oriental. Los éxitos de Kolchak se explican en gran medida porque durante el pasado otoño y comienzos del invierno (después de nuestros grandes éxitos en el frente oriental) nos vimos obligados a retirar de allí algunas de las más sólidas unidades y una parte de los mejores cuadros, para llevarlos al sur, contra Krasnov, que se encontraba ante Vorónezh y amenazaba Moscú, corazón de la Rusia soviética.

Nuestro cometido en el sur ha sido realizado ya en sus tres cuartas partes. Y será completado en su última cuarta parte por las fuerzas que se encuentran allí. Ahora todas las fuerzas y reservas existentes (unidades militares, capacidades de organización, fuerzas ideológicas) deben ser dirigidas al frente del este. La consigna de la Rusia soviética en esta hora se concentra en una palabra: *Ural*. Allí hay que concentrar todas las fuerzas, crear regimientos obreros y campesinos de choque, avanzar del Volga hacia el este, hacia el Ural.

El Ural debe ser nuestro, como lo es ya la región del Volga, como lo es en gran medida la región del Don. El Ural debe ser nuestro. Debemos recuperar Slatousk, Ekaterinburgo, Perm; abrimos camino hacia Siberia a través de Cheliábinsk, donde nos aguardan, como a salvadores, los obreros y campesinos pobres siberianos.

Si el este es hoy el objetivo fundamental de todo el país soviético, lo es también, con mayor razón, para vosotros, camaradas de Samara. Aquí hubo un importante nido de la Guardia Blanca y ahora es un nudo importante del Ejército Rojo: las comunicaciones de los tres ejércitos del frente oriental se cruzan aquí. De ahí que toda la atención y todas las fuerzas deban concentrarse en las tareas y necesidades del frente oriental. Vosotros sois su retaguardia inmediata, su zona vecina. Hay que comprimir los organismos soviéticos civiles y ampliar los militares. Todos los que puedan ser útiles en el frente deben ir allí, al comisariado, a la intendencia, a las células, los regimientos, los estados mayores. Los mejores cuadros deben ser enviados al frente. El destino de la Rusia soviética se decide ahora allí, en el frente oriental, y con él el destino de la revolución mundial. La revolución mundial, claro está, no va a perecer, se abrirá camino, pero puede ser retardada en uno, dos o diez años. Y nosotros queremos entrar en la revolución mundial apoyándonos en la Rusia soviética tal como es ahora, como la hemos preparado durante una década de lucha y tenaz labor revolucionarias, como la hemos conquistado, junto con vosotros, en las jornadas de octubre y la hemos defendido contra todos los enemigos. Esta Rusia soviética, regenerada por la sangre del pueblo obrero, por sus sufrimientos, no la cederemos a nadie. En torno a ella, con nuestros pechos, formaremos un escudo que ninguna fuerza podrá quebrar.

Camaradas, espero que en el frente podré decir, con fundamento, que el V, IV y I ejércitos, lo mismo que el grupo de ejércitos del sur, tienen en Samara una retaguardia segura, aguerrida.

Camaradas de Samara, en vuestras horas difíciles, cuando aquí (tal vez en esta misma sala) resonaban los discursos de Dutov, en Moscú y Petrogrado dábamos la alarma. Dijimos a los obreros de Petrogrado y Moscú que en la región del Volga se había formado un nudo que era necesario cortar y los obreros de Petrogrado, hambrientos, agotados, sin quejarse de la escuálida ración, se apretaron los cinturones, cogieron el fusil y marcharon a liberar el Volga y vuestra Samara.

Ahora, camaradas, Samara es libre, cuenta con una fuerte guarnición y una organización vigorosa de comités de fábrica y de sindicatos soviéticos, flor y nata de la clase obrera de Samara, unida por una misma idea y templada en las duras pruebas de la lucha pasada. Y ahora no pedís que el obrero de Moscú y de Petrogrado os libere porque no estáis dispuestos a rendiros y no tendréis necesidad de ser liberados.

En esta asamblea, unidos por un solo pensamiento y una sola voluntad, declaramos que todas las tentativas de Kolchak de cortar el Volga están condenadas al fracaso. El Sóviet de Samara, la guarnición de Samara, el proletariado de Samara, junto con nuestro frente y junto con la profunda retaguardia, prometen y juran que Samara no se entregará. El Volga seguirá siendo un digno río soviético.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es